

VARIETÉ



30 céntimos

DOÑA ABURRIMIENTO

(Dib. de Demetrio).



DE CINEMATOGRAFO

Alice White, la exquisita

artista de la First National,

quien tendrá muy pronto el

role principal en *Harold*

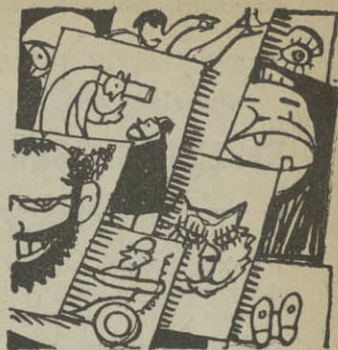
Teen, próxima producción

Roberto Kane.





Varieté



REVISTA COMICA Y DE ESPECTACULOS

Redacción y Administración: Campomanes, 12

APARTADO DE CORREOS 8.032

Aparece los sábados ~ 30 céntimos ejemplar

~ ~ Ordenanza de Varieté, D. Canuto ~ ~

Año II

Madrid 4 de Febrero de 1928

Número 10

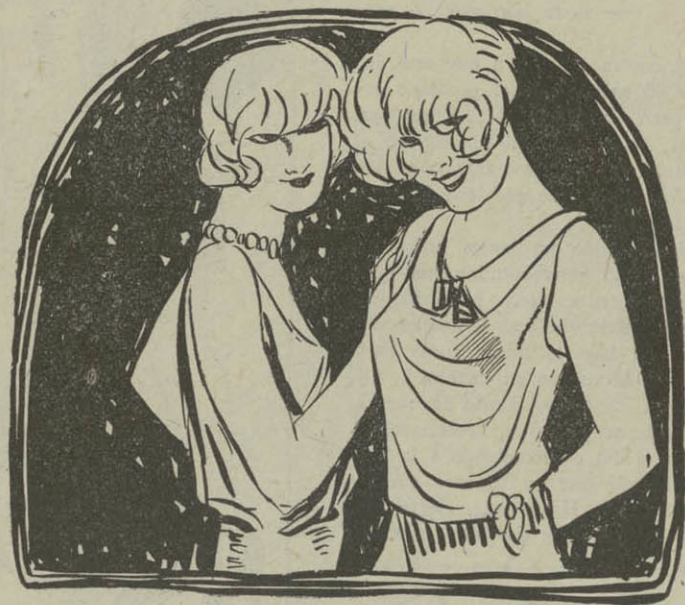
CONSEJOS

Por DIAZ-ANTON

Cuando subas la escalera de tu casa o la de otra casa cualquiera, y delante de ti suba una señora de buenas piernas, no olvides tu buena educación y ten presente que con estas falditas de muñeca, enseñan casi las rodillas cuando se las mira desde el mismo plano, pero miradas puesto tú tres metros más bajo... no debes perder la ocasión.

Si estás a solas conversando con una bella amiga, y de pronto ella se desmaya ligeramente pero lo preciso para que no se dé cuenta de tus actos, acuérdate de que eres un caballero en todos sus significados.

No te complazcas en martirizar a esos infelices niños que te achagan con barro y que te rompen los cristales de la ventana. Es de salvajes el torturar a tan tiernos seres atizándoles numerosos golpes; basta con una buena patada en los riñones, o mejor con la suer-te del descabello.



Compren la BIBLIOTECA ASTRAKAN
LAS RUBIAS DE PICO
Sugestivos bicolores y profusión de dibujos en negro: 50 cts.

PICADILLO

Con una preciosa joven
se fugó de Badajoz
un pollo con espolones
pues cumplió cuarenta y dos.

Ante la burla que le hacen
dirá la joven con pena,
lo del refrán: "Nunca es
tarde, si la dicha es buena..."

Leemos que en París, el Club des Cent, ha acordado por unanimidad no admitir en sus comidas semanales ninguna mujer por temor a que perturben el orden que debe reinar en sus reuniones.

Lo que acordó el Club des Cent nos parece de primera pues su deber es velar por la calma placentera.

Nada de que en la comida la mujer perturbe el orden ellas no deben entrar... hasta la hora del postre.

“ V A R I E T É ”

se vende, en Buenos Aires por la importante casa Antonio Manzanera, de sólido crédito, como tiene mucho gusto en hacer público esta administración.

Antonio Manzanera

Independencia, 2

Buenos Aires

Por el ojo de la cerradura

INVENTOS PERNICIOSOS

Colean, juntas, en la Prensa diaria dos noticias que interesa recoger. Una de ellas anuncia que el profesor Lazareff, de la Academia de Ciencias de Moscú, ha inventado un aparato para leer el pensamiento. La otra nos dice que en la Aldea de Monscren, cerca de la frontera franco-belga, causa gran admiración un joven llamado Adrian Beggarst al que denominan "faquir blanco", y que llora lágrimas de sangre.

¡Doble contra sencillo a que este joven hace lo mismo que el profesor soviético, pero sin aparatos! ¡Lo que sea, a que el desdichado Adriancito lee el pensamiento de sus semejantes con una sencilla ojeada y que por eso llora lo que llora!...

Lo digo porque un amigo mío, que tenía una novia morrocotudamente guapa y morrocotudamente... pizpireta, solía extrañarse de que ésta le amenazaba, siempre, con hacerle llorar como llora el pollo de Monscren en cuanto la negaba algún capricho. Tanto le repetía la cantilena que llegó a preocuparle y se pasaba el día contemplando a la hermosa para adivinar en su cara sus secretos pensamientos. Hasta que, cierto día, advirtió que el capricho que acuciaba



—¡Qué yo no entro en ese antro!

—¡Amos, te daba así! ¡Pos no te has vuelto poco estilizá! Ese establecimiento tiene hasta tobayas.

Dib. de Bellón.



—¿Ya no estás de segunda tiple?

—No; ahora estoy de primera... con el empresario.

Dib. de Xifra.

a la dama era el de irse a vivir con un muchacho, vecino de la casa, futbolista y atleta, castigador y rico. Y mi amigo, en efecto, lloró sangre caliente porque, al adivinarlo... ya no tenía remedio...

(Por cierto que la prójima decía después del lance que no era por los ojos por donde su ex-amante había vertido sangre en los pañuelos, sino por las narices y de resultados de una "conversación" entre los dos rivales.)

Resultado, sin embargo, que lo que tanto choca en la frontera franco-belga, de Pirineos abajo es un fenómeno frecuente. ¡Aquí lloramos de esa guisa sin que a nadie le choque y sin que nadie se conmueva desde hace algunos años y por diversas causas!...

De todos modos desearíamos que no llegase a España el invento del profesor Lazareff. Si supiéramos a ciencia

cierta lo que piensan las personas con las que convivimos; si no tuviera secretos posibles el pensamiento de los hombres y las mujeres con los que nos cruzamos en las calles, nadie saldría de casa más que amparado tras una máscara de acero.

Las fórmulas sociales más corrientes; ese "a los pies de usted", tan versallesco que dedicamos a las damas, se vería que era una gran mentira... desde los pies a la cabeza, porque lo que se piensa es otra cosa.

¡Nada de penetrar en los cerebros! Al contrario. Lo que hay que procurar es que se extienda la piadosa mentira y que siga la farsa que llamamos "la buena educación"...

De lo contrario lloraría toda la humanidad con lágrimas de sangre y sin consuelo alguno hasta la muerte...

LEOPOLDO BEJARANO.

—Bueno; sigue contándome el cuento.
—El caso es que lo que falta es muy escabroso.
—Pues cuéntalo aunque me tape los oídos.



AGENCIA GENERAL DE LIBROS Y REVISTAS

Apartado número 329.

de JOSÉ W. VALBUENA

MARACAIBO-Venezuela.

Representaciones de Casas Editoriales de España y América. Acepta proposiciones de Agencia de las Casas editoras de Revistas y otras publicaciones. Referencias a satisfacción.

VIAJANDO EN RIMERA

La mujer austriaca

El vals vienés.—Su ternura.—Su amor loco.— Su vals vienés.—Su desilusión.— Su cursilería.— El vals vienés.—Sus triunfos.—El vals vienés.—La cerveza.—El vals vienés.



PRIMERA PARTE

Mi amor romántico con la cervecera.

Ustedes comprenderán que en Viena, un individuo bajo, con flexible de doce



pesetas, no puede conquistar a una individuo, ni en broma. Todos los que hayan visto operetas con música de Leo Fall y con billete de favor, saben que en aquel país, los únicos señores que conquistan a las jóvenes sentimentales son los húsares de la guardia, con bigote recortado y con voz de barítono, que luego resultan ser príncipes.

Así es, que cuando llegué a la capital de Austria me compré un bonito traje de húsar, me dejé un precioso bigote, y dije que me llamaba Roberto de Harowetch. Luego envié unos individuos—también vestidos de húsares—a una cervecera de las afueras donde estaba colocada una chica rubia, que me gustaba bastante.

Y estos individuos, aleccionados por mí, hablaron de esta manera:

Conversación que tuvieron mis sabuesos en la cervecera, mientras apuraban grandes "bocks" de zumo de cebada.

Húsar 1.º.—El Príncipe Westfalia llega mañana a Viena de incógnito, con sus reales padres.

Húsar 2.º.—Las mujeres se volverán locas por él. Roberto de Harowetch es un bello mozo, aunque algo políglota.

Húsar 3.º izquierda.—Sin embargo, él está comprometido. Sus padres le quieren casar con la duquesa de Hotzebuch, aunque, según dicen, él estuvo enamorado de una vendedora de plátanos.

Húsar 1.º.—A la que abandonó. El príncipe Roberto es frívolo y casquivano.

Eva (La joven rubia camarera de la cervecera).—¡Oh, yo aborrezco a estos príncipes que se ufanan de ser conquistadores! El ser príncipe no da derecho a abandonar a ninguna mujer, aunque venda jaulas para grillos.

Húsar 2.º.—¡Ja, ja, ja ja! (En Viena siempre se debe reír uno a carcajadas.) Para las mujeres, ser abandonada



das por el príncipe Roberto, es un honor.

Húsar 3.º.—¡El príncipe Westfalia! ¡Ahí es nada! (Esta frase también se emplea con frecuencia.)

Húsar 4.º.—¡Ja, ja, ja, ja!

Eva.—¿Y es joven?

Húsar 1.º.—Joven y gallardo y apuesto y jovial.

Eva.—¡Bah! Me molestan los príncipes, como los niños que tocan el tambor por las mañanas.

Yo (Entrando y haciendo una seña a mis sabuesos para que cesen en sus charlas).—¡Buenas tardes!

Eva (Dirigiéndose a mí).—¿Qué va usted a tomar?

Yo.—Lo que tú me des, será para mis labios, dulce como un pirulí. Traeme un vaso de agua.

Eva.—Tome lo que quiera. Hoy paga el dueño porque es su santo.

Yo.—Entonces traeme un pollo con algo de tomate y para después un par de huevos fritos.

Eva.—Además de ser su santo, ma-



ñana llega el príncipe Roberto, y, para todos, es día de fiesta.

Yo.—¡Oh! ¡Siempre oyendo hablar del Príncipe! ¡Cómo me carga!

Eva.—Y a mí. Tanto he oído decir de él y de sus conquistas, que ya me es antipático. Sus amores... Sus mujeres abandonadas... ¡Qué asco! (Suena un bonito vals vienés que interpreta la orquesta de la cervecera.) ¿Quiere usted que bailemos, bella joven?

Eva.—Acepto gustosa. Hoy puedo hacerlo por ser el santo del patrón. Bailemos este dulce vals vienés. (Nos ponemos a bailar el dulce vals vienés.)

La música.—Tralará, tralará, tralará, tralará, tralará, tralará...

Yo.—Eres encantadora y bailas bien. ¿Cómo te llamas?

Eva.—Eva me llaman.

Yo.—Tus ojos son bellos y prometedores. Tu cuerpo es lindo. Te amo, Eva. Los acordes de este sentimental vals vienes, me llenan el alma de amorosa melancolía.

La música.—Tralará, tralará, tralará, tralará, tralará, tralará...

Eva.—Yo a ti también te amo. (Las mujeres vienesas se enamoran en seguida de los húsares con bigote.) ¿Cómo te llamas?

Yo.—Roberto.

Eva.—¿Como el Príncipe!

Yo. (Disimulando).—Y sin embargo, somos tan distintos...

La música.—Tralará, tralará, tralará.

Eva.—Salgamos al jardín.

Yo.—Salgamos.

Eva. (Ya en el jardín).—Júrame que me querrás siempre. Que te casarás conmigo.

Yo.—Te lo juro, Eva. Jamás había sentido este amor.

Húsar 1.º (Distante).—¡Ja, ja, ja!

Húsar 2.º (Idem).—¡Ja, ja, ja!

Eva.—¿De qué se ríen?

Yo.—¡Bah! Comentan la última conquista del Príncipe Roberto.

La música. (Distante).—Tralará, tralará, tralará...

Yo.—Te amo, Eva...

Eva.—¡Roberto!... (Cae en mis brazos.)

SEGUNDA PARTE

La oposición de la familia.

Sostuvimos relaciones quince días. Después contraté otro individuo, para que cuando estuviésemos ella y yo en la cervecería, diciéndonos palabras de amor, representase esta escena.

Verán ustedes qué bonita:

El contratado. (Vestido de húsar y cuadrándose ante mí).—Príncipe Roberto de Harowetch, Sus Majestades me ordenan que le busque para que se presente usted inmediatamente ante ellos. Se han enterado de estos amores y se oponen en absoluto.

Eva. (Palideciendo intensamente).—¡Roberto! ¡Tú el Príncipe! ¡Qué desgraciada soy!

Yo.—Vete y espérame abajo, Gastón, en seguida soy contigo.

El contratado.—A sus órdenes, Alteza. (Se va.)

Eva.—¡Me has engañado como a un isidro de Torrejón de Ardoz!

Yo.—Sí, es verdad. Vamos a cantar un dúo. (Empiezan a sonar las notas del anterior vals.)

Eva.—¡Oh, Roberto, qué cruel, me engañabas, me engañabas! ¡Oh, Roberto, qué bien has hecho el papel!

Yo.—Yo te juro que te adoro con pasión.

Y de tus labios imploro un poquito de perdón.

Eva.—¡Roberto!

Yo.—¡Mi Eva!

La música.—Tralará, tralará, tralará, tralará, tralará, tralará...

Eva.—Es inútil, déjame, quiero llorar tu traición.

Yo.—¡Oh, mi Eva, quiéreme! ¡Tenme algo de compasión!...

La música.—Tralará, tralará...

Ella. (Hablando sobre la música, que toca el mismo motivo muy piano).—No te creo, Roberto. Soy muy desdichada.

La música. (Pianísimo).—Tralará, tralará...

Yo.—¡Eva!



Ella.—¡Mira que no dejarme comprar ese collar! ¡Con la cuentas tan gordas que tiene!...

El.—Pues por eso; por lo gordo de la cuenta.

Dib. de Picó.

Eva.—¡Roberto!

Yo.—¡Eva! (Conviene repetir los nombres durante dos horas.)

Eva. (Sollozando).—¡Roberto!

Yo.—¡Eva!

Eva.—Vete. Tus padres te esperan.

Yo.—Adiós. Pensaré en ti siempre.

Eva.—Has destrozado en mi alma una ilusión. Me meteré a cupletista.

Yo.—¡Eva!

Eva.—¡Roberto!

La música. (Con brío).—Tralará, tralará, tralará, tralará, tralará...

TERCERA PARTE

La princesa Westfalia.

Pasó el tiempo. Yo me dediqué a emborracharme concienzudamente y a hacer una vida de constante orgía, como lo debe hacer todo príncipe que ha sentido contrariedades amorosas. Ella se hizo una cantante famosa. Era la artista preferida de la alta sociedad. La artista de las elegancias. Todas las cerveceras que han tenido amores contrariados con un príncipe, se hacen artistas famosas. Y una noche coincidimos en una fiesta. Y yo la saqué a bailar. Precisamente la orquesta interpretaba el mismo vals que cuando nos conocimos.

Eva. (Irónicamente).—¿Qué tal, Príncipe Roberto de Harowetch? ¿Aún se acuerda usted de mí?

Yo.—Eva. No seas rencorosa. Te amo.

La música.—Tralará, tralará, tralará...

Eva.—Y yo a ti, Roberto.

Yo.—Pues ahora que tú eres cupletista famosa, casémonos. Seamos felices.

Eva.—Sí. Vamos a casarnos, porque este artículo ya se está haciendo un poco pesado y el autor tiene que ir a ver a un amigo.

Yo. (Dirigiéndome a los invitados).—Señores, tengo el gusto de presentarles a mi futura esposa.

Parte del coro de invitados.—¡Viva la Princesa Westfalia!

Otra parte del coro.—¡Viva! ¡Viva el Príncipe Roberto!

Yo.—Y ahora bailemos todos este precioso vals vienes.

La orquesta.—Tralará, tralará, tralará, tralará, tralará, chan, chan, chan, tralará, tralará, tralará.

Este es el único medio de conquistar a una mujer austriaca.

MIGUEL SANTOS.

(Ilustraciones de Mihura.)

De utilidad y recreo



E. Vargas.

El arte de hacerse agradable a las mujeres

Y el que siga al pie de la letra mis consejos, sacará raja.

(Shakespeare, III.)

Dicen unos cuantos amargados del amor que la mujer es una mala bestia de la que hay que guardarse y nada hay más injusto que esa afirmación propia de zulus embriagados, o jugadores de mus, *perdientes*. La mujer es tierna y sencilla como la pichona, y alocada y tontuela como elefante infantil, para caer en la red de las seducciones varoniles. ¡Cuán tierna a la seducción! ¡Cuán confiada! ¡Cuántas calentitas!... ¡Cuántas!...

Todo consiste en saberla dar lo suyo (Hagan el favor de no amontonarse pensando mal de mí, porque yo soy un caballero, y esta es una revista decente, y tengamos la fiesta en paz y no achaguéis con malicia, que me ruborizo mucho). Hay que ser cautos como leopardos para aproximarse a ellas, y observar antes de tomar cualquier determinación, cuál es su flaco. Y aunque lo que nos interese de ella sea todo lo contrario, debemos atacarla en su flaco, y allí hacer nuestra presa ¡lo que se dice *cebarnos*!

Y es singular y paradójico el caso. En la mujer, lo más importante, lo de más bulto, es el flaco. Su vanidad, su deseo de agradar, de ser más que otra, la pierde, y entonces es cuando nosotros los tíos, la encontramos ¡Y como el que la encuentra *pa él* est!... (Acabó de guiñar un ojo para matizar).

Y vamos al asunto que ya ardo en deseos de poner de manifiesto lo fácil que es hacerse agradable a una señora. Y de eso a que ella le tutee a uno en privado, hay escasamente una cuarta.

Antes no tiene que hacer más que observar atentamente a la mujer a quien quiera relajar en el buen sentido. Como queda descontado que no se va usted a interesar por una tía asquerosa, sino por una mujer *con cosas bien*, resulta fácil como hurgarse las narices el abarcar de una ojeada y entresacar lo mejor que ella atesore en su cuerpo. Si del examen sacan en consecuencia que de lo que mejor está es de patas, o de jeró, o de busto, o de perfil, usted debe co-

menzar el trabajo elogiando las partes mejoradas.

Antes de seguir les advierto que para este experimento no convienen las mujeres perfectas en absoluto. A esas dan ganas de pegarles una patá en el cuello, de tantas que se ponen, porque todos los elogios les parecen insuficientes. Así es que recomiendo a las buenas gachís que no sean *académicas* (que son las más interesantes). Por ejemplo, esas tías ricas que tienen la boca grande y roja y fresca, que para besarle los labios tiene usted que hacer como el afilador con ese pito ancho y plano de tantos agujeros... ¿No se han fijado ustedes como se restrega el pito desde una a otra oreja?

Bueno; pues ustedes se lían a elogiar a la deseada, en la belleza de sus hombros o en la grandeza y gachonería de sus ojos, o en el titubeante movimiento de sus caderas o en la privilegiada condición de que el más pétreo asiento le resulte a ella mullido cojín, o en la ausencia del menor abultamiento en el vientre, o por la escultural línea de sus brazos, o por la gracia de su peinado, o por la elegancia y coquetería de su calzado, o por la comible carnosidad de sus rodillas.

Cuando usted haya dado en la *yema* como dicen en Moscou; cuando usted

se haya percatado de lo que ella estima más de su persona, recarga usted el elogio de aquella parte trayéndola a colación en cuantas ocasiones se presenten, no olvidándose de hacer constar de una vez para siempre, que una mujer que no tenga (como ella) los senos un poco caídos, es un pocero indecente. Claro está que en este caso el golpe es doble, porque ella, en efecto, adolece de ese defecto que usted apunta como una perfección, pero en cambio tiene unas patas y unos brazos y unas caderas y unos ojos, que realmente despojan de la *tête*. Con lo que resulta que ella queda doblemente agradecida al ver como se elogia lo único que tiene defectuoso, porque del resto ya sabe ella que pone el mingo donde lo ponga la que más.

Después no queda por hacer más que establecer comparaciones con las rivales de ella, y como se tenga el acierto de establecer bien las comparaciones para que siempre resulten a favor de la homenajeadá no queda más que esperar la ocasión en que ella lleve su agradecimiento y su simpatía hasta un sofá.

En este procedimiento de agradar, el que la sigue la lesiona cuando menos.

DON CANUTO.

(Ordenanza de VARIETÉ.)

FOTOGRAFÍAS GALANTES: RARAS

Hermosas colecciones

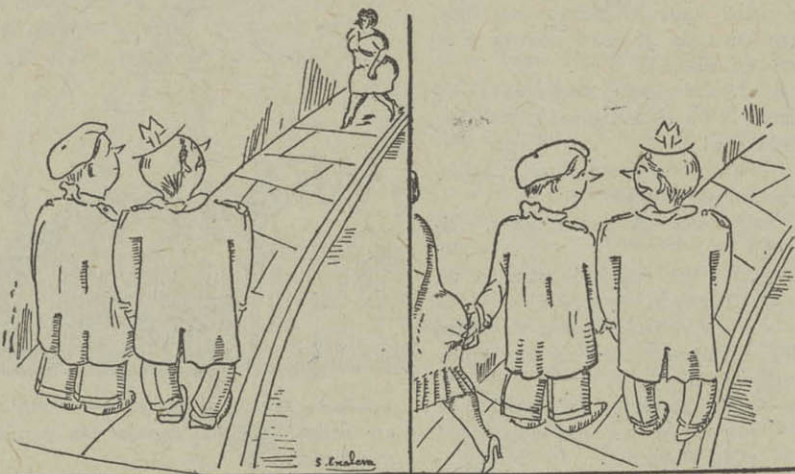
10 pesetas en sellos de Correo

Contra reembolso 11 pesetas

Escribid a **Excelsior**, Poste

Restante Central.

(BORDEAUX (FRANCIA))

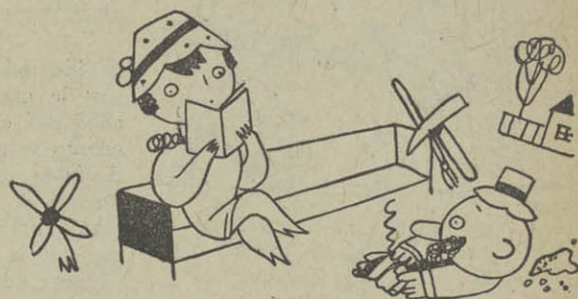
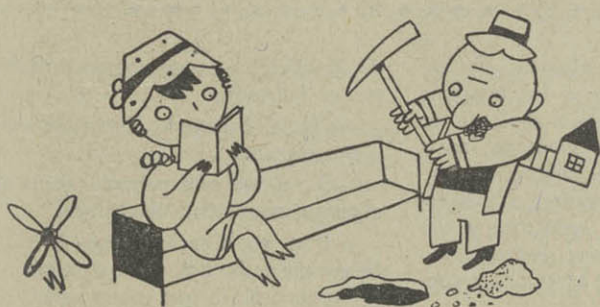
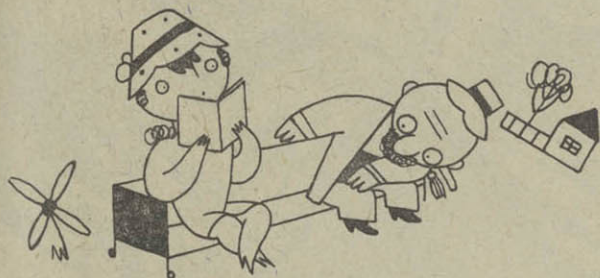


LOS FRESCOS Y EL "TIMITO" POPULAR, por Escalera.

—Te diré...

...es lo suyo.

COMODIDAD, por Mihura



MIHURA.

LAS SUEGRAS DE AHORA

¡Aquello se acabó! Y supongo a ustedes tan inteligentes que habrán supuesto que al exclamar: ¡aquello se acabó!, me refiero al *tipo suegra*. Ya no existe el *tipo suegra*, como no existe el *tipo casada*, ni el *tipo soltera*, ni casi el *tipo guayabo*.

Antes, ya se sabía lo que era una suegra: un bicho que por su *cierta edad* o su edad madura (siempre respetable), estaba obligada a renunciar en absoluto al ornato de su persona, a la cual tenía que dar un aspecto verdaderamente repugnante de madre de cupletista enlutada. ¿Se acuerdan ustedes de aquellos capazos negros que llevaban a modo de sombreros las *mamás suegras*? ¡Y aquellas pieles tan grasientas y aquellas botas juanetudas? Yo no sé cómo han suprimido las suegras todos los defectos de los cincuenta años, pero lo cierto es que las suegras ya no existen por el tipo. Ya no quedan más que mujeres guapas y ancianas decrépitas.

Y es natural; siendo la suegra una mujer guapa como las demás, como su misma hija, y no viéndose obligada a la seriedad oficial que la imponía su condición de mamá-suegra y de señora de cierta edad, vive la vida con to-



WATSA.

QUEJA RAZONABLE,

por De Loaysa.

Ella.—¡Ay, hijito! Desde que nos hemos casado, todos nuestros regocijos los celebramos en el suelo!



—Señora; ahí está ese médico joven que ha llamado la señora.
—¡Que pase, que pase!
—Pero recuerde la señora que la enfermedad que le va a decir que tiene es la jaqueca.

Dib. de Demetrio.

da libertad; y como abundan los casos de que la mujer a los cuarenta años está esculturalmente abultada, en cuanto se atavía a la moderna, corta de falda, recogida de sombrero y ondulante de caderas, resurge a una, segunda juventud más seductora y alegre que la primera que disfrutó, y... ¡vamos, que si yo me atreviera a contarles a ustedes!...

LOS BUSCADORES DE EMOCIONES

Fué a la entrada de un cine, en el pórtico de uno de estos fastuosos cines

de Madrid, en donde nos encontramos con el individuo.

—¡Hola, Fulano! ¿Usted por aquí? —nos espeta.

—Sí; a ver esta película, de la que cuentan maravillas de técnica.

—Pues yo, a sacar lo que pueda de la vecina de butaca que me toque.

—¡Será de la que toque usted!

—Eso es. ¡Ja, ja! A mí el cine me importa tres compases de Guerrero. A mí lo que me enajena es encontrar a la paciente. ¡Y que doy con algunas!...

—Pero no hay flor ni espinas. Al-

gunas veces tropezará usted con la horma de su zapato, ¿no?

—Hombre, alguna vez se me resiste, y entonces yo me voy a otro cine; pero si me toca entre los tíos o entre las características, me voy a otro cine, y así hasta la una...

—Bueno, querido. Esto va a empezar.

—Pues hasta la vista. Voy a ver con quién me toca hoy.

En lo que yo tomaba asiento en mi butaca, vi unas filas más adelante cómo se sentaba entre dos señoritas el

buscador de emociones. Y lo confieso ruborizado hasta los tirantes: ¡sentí envidia del osado!

Y empezó la película. Una de esas películas cómicas en las que dos o tres actrices de tercera categoría, pero de primera, se zurcen el borde superior de las medias a la vista del público... con las medias puestas. Y cuando yo estaba regocijándome y pensando en que sólo en el cine se pueden ver ya a las señoras en camisa, ¡plaf!, sonó un tortazo que, de haber podido darle forma, hubiera resultado ancho para meterlo en la Plaza de Toros.

Y me acordó del buscador de emociones.

—Este—pensé—ha dado con la horma de su zapato, pero ésta le debe haber dado con la horma.

LA INDIFERENCIA DE LOS ZAPATEROS

Ya no hay manera de que un dependiente de zapatería bizque los ojos ante una pierna de mujer. Para el dependiente de una zapatería da lo mismo la pata de una silla que la torneada pierna de una dama elegante. Y esto es el resultado de la costumbre. Antes, de higos a brevas se sofocaba un zapatero en la prueba de unos zapatos, porque ellas se sujetaban el borde de la falda ceñido a las piernas, y no había medio; pero ahora, que la mujer cree que es de mal gusto no llevar los muslos al descubierto, a los zapateros no les hacen sensación las piernas. ¡Han elevado mucho sus miras!

TELÓN CORTO.

Compre la BIBLIOTECA ASTRAKANK.

"LAS OTONALES DE DEMETRIO", 50 céntimos.



—Con este farol que parece el contrapeso de un ascensor, un ojo de menos, y las dos manos encima del cojín, no creo que se pueda decir nada gracioso.

Dib. de Piri Piri.



UNA CHICA MODERNA, por Picó.

—No te apenes, tontina. ¿Que estás enamorada de ese novio que tengo ahora? ¡Pues te lo cambio por unas ligas!...

SATISFACCIONES MORALES, por Mihura



La gente se preocupa mucho de las satisfacciones y comodidades físicas y descuida lamentablemente las satisfacciones morales. Y esto es un error. Por ejemplo: ¿Por qué no se instala en los "taxis" un gramófono que dé las gracias atentamente cuando se le da propina al chofer. Esto le alegraría a uno mucho, ya que los "chofers" no lo hacen nunca.

En los cabarets también se debían hacer reformas. Entre otras se debían contratar unas mujeres—no despidiendo a las actuales, pues, entonces perdería carácter el cabaret—que estuviesen siempre alegres y que le llamasen a uno simpático. Estas mujeres podrían ser mecánicas, y así se ahorraría uno el tener que darlas para el tocador.

Todo el mundo tiene necesidad de estas pequeñas delicadezas. En las casas de huéspedes, para los pobres solteros que viven solos y hacen lo que les viene en gana, debían instalarse otros gramófonos que dijese lo que diría una esposa amante y cordial cuando el marido llega de madrugada.



Mihura

Para los individuos que se quieren emborrachar los taberneros debían tener un servicio de niños gemelos que apareciesen de vez en cuando. De esta manera a las dos copas vería las cosas dobles y se iría satisfecho a su casa. Esto de ver las cosas dobles es una satisfacción, pues digan lo que digan, raramente se consigue observar este fenómeno.

Pongamos el caso del solterón que se va a afeitarse. El pobre no tiene niños que le besen al volver afeitado a su casa. ¿Por qué no instalar un servicio de esta clase en las peluquerías?...

Por último, los antepalcos de los "cines" también debían sufrir modificaciones. Actualmente están poco confortables y carecen del calor del hogar. Esto da tristeza. Se debía poner en ellos algún palanganero, un retrato de familia y un gato juguetero. También se debían abrir balcones a la calle. Y hasta debían suprimir las películas ya que siempre es molesto el ruido de la máquina.



LAS ESTRELLAS DE MODA, por Bellón.

Uno.—Ahí la tienes a esa negra, colocada como estrella.

El otro.—¡Pero que negras las habrá pasado en su tierra hasta venir a Europa!

Cuentos regocijantes

Cruel enigma

La vida parisien está llena de misterios, grandes o pequeños, a menudo inextricables, cuyos héroes se llevan consigo el secreto a la tumba.

Muchos parisienses, y de los mejores, han llegado prematuramente a la calvicie a fuerza de arrancarse de un modo constante los cabellos por buscar la clave del enigma. ¡Cruel enigma!

Yo, yo mismo, que les estoy hablando, conozco a montones historias tenebrosas que no pueden explicarse más que por la magia negra, el astralismo o las influencias demoniacas.

He aquí una entre mil:

No he de presentarles a ustedes a M. Flanchard, un marido engañado, insignificante y desprovisto de interés. Mme. Flanchard, su mujer, era, por el contrario, una persona verdaderamente exquisita.

Muy ardorosa de temperamento,

Mme. Flanchard hacía mucho tiempo que había contraído la costumbre de aligerar las pesadas cadenas del himeneo con las boyas sonrosadas del adulterio (Doy por bien entendido desde luego que la vida es un océano).

En el momento de comenzar esta historia, Mme. Flanchard, tenía por amigo a un hombrecillo muy chiquitín, pero valeroso a pesar de su corta estatura y de lo más lindo que cabe imaginarse. ¿No se encuentran siempre los buenos ungüentos en los tarros más pequeños? ¿Y no vale más una copita de borgoña que los mayores *bocks* llenos hasta el desbordamiento?

Mme. Flanchard adoraba a su diminuto amante y así se lo decía a todas horas.

Parecía—¡son tan graciosas las mujeres!—que su pecado era menos capital cometido con un cómplice tan menudo y, además, juzgábalo menos chocante que si lo cometiera con un tambor mayor de la guardia republicana, sobre todo vestido de gala.

En este último punto, Mme. Flanchard, daba muestras de poseer un excelente sentido de la realidad. No así en el primero, respecto al cual se equivo-

caba burdamente. La dimensión de los amantes nada tiene que ver con el calibre del pecado. ¡De sobra lo saben las esposas!

Mme. Flanchard vivía en el barrio de San Germán y su exiguo amante en la calle de los Mártires (casi frente a mi casa).

La dama salía con frecuencia en busca de un enamorado. Los dos culpables tomaban un coche y se marchaban adonde les parecía bien marcharse (cosa que a nosotros nada nos importa).

Cierto día, pues, de la semana pasada—véan ustedes que no les estoy refiriendo una historia de la Edad Media—, Mme. Flanchard y su amigo, ocuparon un coche de "La Urbana"—hay que precisar todos los detalles—y ordenaron al auriga que bajara por la calle de los Mártires hasta el barrio de Montmartre. Una vez en éste, ya verían lo que habrían de hacer.

Pronto empezó la conversación tierna, enardecida y apreciante.

—No, Alfredo—decía muellemente la dama—. ¡Aquí, no!... ¡Hay mucha gente en la calle!...

—Y a nosotros, ¿qué nos importa?—



La pequeña.—¿Y por qué no quiere tu marido llevarte al baile de máscaras?
La otra.—Porque dice que me ciño demasiado.
La pequeña.—¿Los trajes?
La otra.—Los tíos.

Dib. de Demetrio.

insistía Alfredo—. ¡El mundo nos tiene sin cuidado!...

—¡No seas loco!... Ahora será... dentro de un ratito...

—No, monina, no... ¡Ha de ser ahora mismo!...

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con una entonación tan autoritaria que Mme. Flanchard creyó no deber resistir más a la proposición—¿qué proposición era? Lo ignoro...—del hombrecillo.

Y aquí mismo es donde comienza el misterio.

Entre las esquinas de las calles de Manbenge, de Chateaudun y del barrio Montmartre ábrese una de las plazas más peligrosas de París.

Los peatones, los coches, los ómnibus, los entierros, parecen darse cita en ella. A cada instante se producen innumerables atrancos y no es raro presenciar allí el jocoso despacharramiento de algún transeunte.

El coche portador de los amores de Mme. Franchard tuvo que hacer lo que todos los coches o sea ocupar un puesto en la fila y caminar al paso.

Precisamente, en la acera de enfrente, se hallaba M. Franchard.

Tratad, groseros materialistas, de explicaros este fenómeno. De súbito, M. Flanchard, sintió en su pecho el choque horrible del presentimiento.

Con la seguridad inconsciente de los sonámbulos, dirigióse en línea recta, sin un segundo de vacilación, hacia el carruaje culpable.

No se había equivocado; allí se hallaba su mujer; pero *estaba sola*.

Nadie—fíjense ustedes bien—, nadie

El paleta de la mesa.—*¡Y pa ver esto na más cobran cuairo duros por una botella? ¡Si nos dejan a tos el apretujar a las prójimas pol la cintura!...*

Dib. de Bellón.



se había apeado del coche y, sin embargo ella... *¡estaba sola!*...

Satisfecho a causa de su error, M. Flanchard, retiróse radiante de fe-

licidad por ser dueño de una esposa tan fiel.

Aquí es donde se complica todavía más esta historia tenebrosa. Pasados unos cuantos minutos, *había dos personas* en el coche.

Nadie—fíjense ustedes bien—, nadie había subido al carruaje y, sin embargo, ¡había en su interior *dos personas!*...

Y hasta dos personas que se divertían lindamente.

Mme. Flanchard, toda enardecida y sofocada, refería la aparición de su esposo, mientras se arreglaba las alborotadas faldas.

Y el hombrecillo le decía con la entonación de un reproche dulcemente triunfal:

—¿Lo estás viendo, monina?... ¡Y tú que no querías!...

La vida parisíen está llena de misterios, grandes o pequeños, a menudo inextricables, cuyos héroes se llevan consigo el secreto a la tumba...

ALFONSO ALLAIS.



Compren LAS OTOÑALES de Demetrio, en la BIBLIOTECA AS-
TRAKAN.

Estupendos bicolores y numerosos dibujos en negro.—50 céntimos.

Apartado de correos 8.032

HISTORIETAS PARA EL TE LA HOJA DE SERVICIOS

Lugar de la acción, Catapulta, población europea de enclavación imaginaria. Personajes: Perezoff, ministro del ramo de limpiezas. Cornet, empleado del ministerio. Sorel, secretario del ministerio. Olga, esposa de Cornet y una doncella.

CUADRO PRIMERO

Comedor en casa de Cornet. Es la hora del almuerzo. Cornet, hombre de aspecto vulgar, abúllico y resignado más que comer devora las viandas. Olga, su mujer, lindo tipo de hembra andrógina, pero de líneas acusadas finamente, come despacio y desgasta, en fuerza de mirarse en ella, la luna de un espejo frontero.

Cornet.—(Después de un rato de silencio.) Mañana comeremos un poco antes.

Olga.—¿Por qué?

Cornet.—Se ha muerto Sand, el jefe de mi sección, y le entierran a las dos.

Olga.—¿Cómo? ¿Se ha muerto Sand?... ¡Tan simpático! ¡Tan complaciente! ¿Entonces, quién le sustituye?

Cornet.—¡Oh! ¡No sé! Hay tantos...

Olga.—Tantos no... Tú debías ascender ahora...

Cornet.—¡Mujer! ¿Cómo quieres?... Los hay más antiguos.

Olga.—Pero no tan puntuales como tú...

Cornet.—Y con mejor hoja de servicios...

Olga.—Lo que es eso... ¡Es modestia tuya! Acuérdate cuando quedó vacante la plaza de oficial segundo que ahora ocupas. Entonces decías lo mismo y sin embargo... Yo vi al pobre Sand y le convencí en seguida que eras el que más méritos reunía para ascender...

Cornet.—Oh, entonces... Pero ahora es cosa del Ministro...

Olga.—¿Y qué? Veré al Ministro.

Cornet.—Es inflexible.

Olga.—Eso lo veremos. Ya verás si le convengo de que tu hoja de servicios es superior a la de los demás... No te preocupes que eso corre de mi cuenta.

CUADRO SEGUNDO

Antesala en el despacho del Ministro del Ramo de Limpiezas. Olga, esposa de Cornet y Sorel, secretario del Ministro.

Olga.—Y dice usted...

Sorel.—Que el señor Ministro no podrá recibirla; está ocupadísimo con el estudio de un nuevo modelo de escoba presentado por la Corporación de oficiales de barrida pública.

Olga.—Perfectamente, pero mi asunto también es interesante.

Sorel.—¿Para el país?

Olga.—¿Qué duda cabe! Se trata de la provisión de la plaza de jefe del negociado décimoquinto del Ministerio.

Sorel (galante).—¿Va usted a solicitarlo?

Olga.—¿Yo? No. Se trata de mi marido.

Sorel.—¿Quién es su marido?

Olga.—Cornet... Un modelo de empleados fieles y puntuales.

Sorel.—Sí... pero... los hay más antiguos.

Olga.—Pero menos trabajadores.

Sorel.—Con mejor hoja de servicios...

Olga.—¡Eso sí que no, señor Secretario! precisamente por eso quiero ver a S. E. He de demostrarle que la hoja de servicios de mi marido es la más brillante de todo el reino.

Sorel.—Señora...



El viejo.—El vino es como las mujeres, querido joven.

El joven.—Entonces usted apenas si lo podrá oler, ¿verdad?

Olga.—Y como tengo la convicción le ruego anuncie usted al señor Ministro mi visita.

Sorel.—Si usted se empeña... Pero difícilmente lo logre usted nada...

CUADRO TERCERO

Despacho del Ministro del Ramo de Limpiezas. Olga y Perezoff. (Olga sentada muy modernamente en un bajo butacón de cuero con una pierna cruzada sobre la otra y mostrando ambas de un modo liberal; discute insinuante con S. S.)

Olga.—Comprenda usted, señor Ministro que mi pretensión es lógica.

Perezoff.—Lógica... pero imposible. Hay empleados más antiguos.

Olga.—Lo sé... pero con menos condiciones de jefes.

Perezoff.—¡Oh eso!

Olga (cruzando las piernas en sentido contrario con un abandono como para sentirse caritativo y recogerlas).—Yo puedo mostrárselo a usted cuando usted quiera.

Perezoff (un poco nervioso).—No tiene usted que esforzarse en convencerme... lo adivino... sin embargo... su hoja de servicios...

Olga (levantándose y sentándose familiarmente en el brazo de la butaca en que está sentado Perezoff).—Ahí quería yo que viniésemos a parar. La hoja de servicios de mi marido es la más brillante de todos los empleados y para eso estoy yo aquí... para que usted lo compruebe.



—¿Y cuánto se gana de segunda tiple?

—Diez pesetas.

—¿Y las mallas? ¿Las tenéis que poner vosotras?

—En mi teatro nos las pone el empresario.

Dib. de Bellón y Piri Piri.

(Por un error del tramoyista cae el telón vertiginosamente sin concluir el cuadro.)

INTERMEDIO MUDO

Para montar el decorado del cuadro siguiente hay un intermedio de media hora en la que no se sabe qué hacen los personajes.

CUADRO CUARTO

La misma decoración del primero. Cornet ante un espejo se prepara para salir a la calle. Olga, presurosa y arrebolada hace irrupción en el gabinete.

Olga.—¿Qué haces?

Cornet.—Que no sé que diablos le



PARADOJA, por Picó.

—No hagas caso a quien te diga que yo te quiero mal. Yo seré amiga de chismes, pero si me sigues tratando, te demostraré que no soy una mala compañera.



La fea.—Que dos hombres se peleen y discutan nunca lo he podido ver con buenos ojos.

Dib. de Bellón.

pasa a este sombrero que no me entra.

Olga.—Será que te creció el pelo demasiado, háztelo cortar.

Cornet.—Eso debe ser. ¿Y qué? No conseguirías nada ¿verdad?

Olga.—¿Cómo que no? ¿Acaso no tengo yo razón como la tuve con el pobre Sand?

Cornet (muy alegre).—Luego el Sr. Perezoff...

Olga.—En cuanto le mostré tu hoja de servicios quedé convencidísimo... Mañana recibirás el nombramiento.

Cornet.—¿Qué buena esposa eres y qué inteligente!...

EPILOGO

La misma decoración.

Doncella.—Señor. Esta carta y este paquetito para usted.

Cornet.—Esta bien, puede usted retirarse (mutis doncella.) (Mirando

la carta que tiene un membrete oficial).—¡Oh esto debe ser mi nombramiento. Veamos (rompe el sobre y lee la firma.) Es de Sorel el Secretario. Leamos lo que dice (lee):

Muy señor mío:

Adjunto tengo el gusto de remitir a usted su nombramiento de jefe del negociado décimoquinto del Ramo de Limpiezas que le ha sido otorgado en fecha de hoy por el ministerio correspondiente.

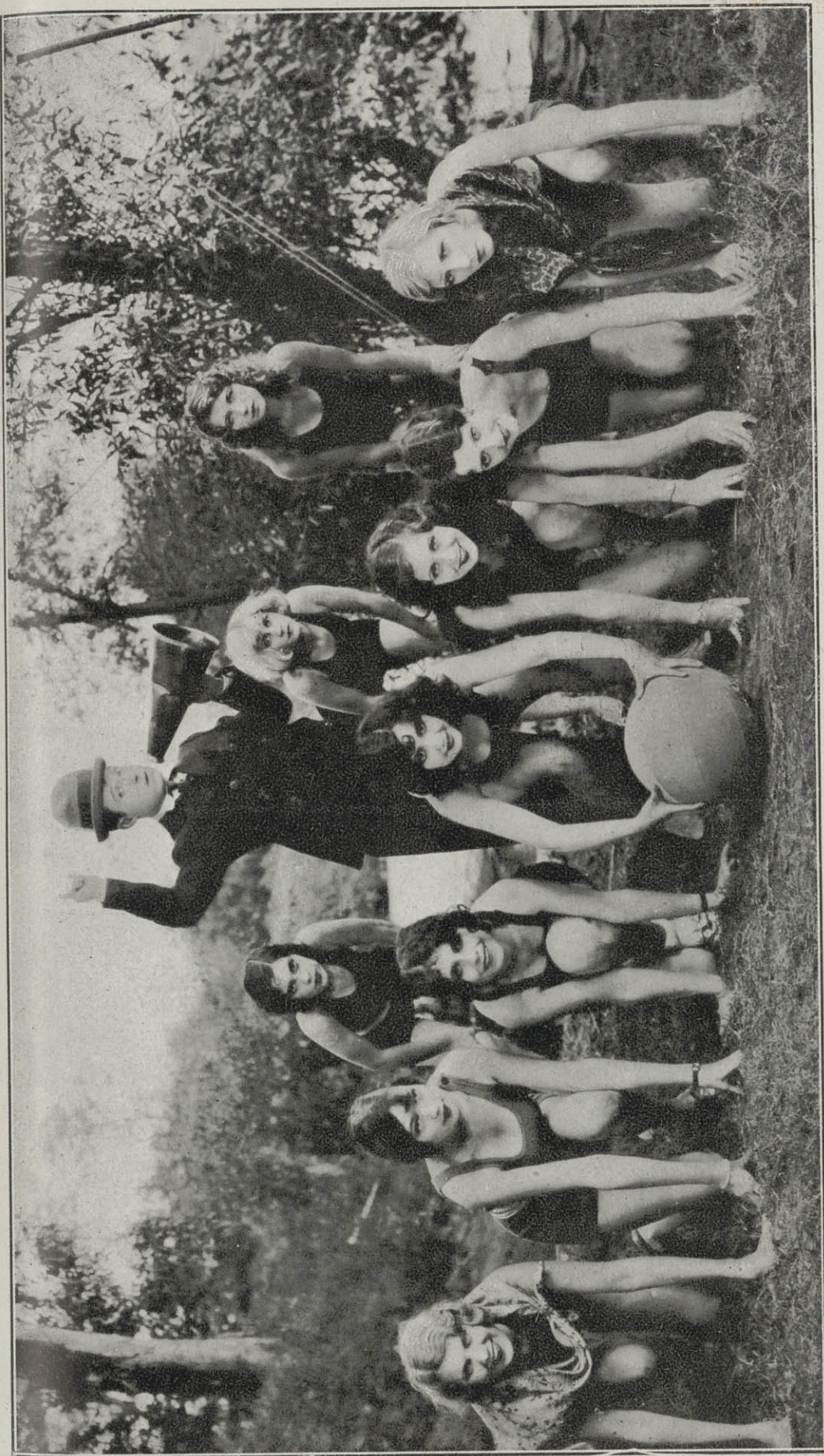
También y en paquete aparte le envío su hoja de servicios que ayer por precipitación sin duda dejó olvidada su señora en este negociado.

Suyo affmo. s. s. Sorel.

(Cornet, intrigado, deslía el diminuto paquete. Es éste un magnífico estuche de cuero color marrón conteniendo en su interior una preciosa y elegante liga de señora.

Telón rapidísimo.

FIDEL PRADO.



DE CINEMATOGRFO

Harry Langdon, el gracioso actor cómico de la First National, rodeado de las segundas estrellas en una escena de la divertida cinta *The Chaser*.



EL GORILA se apodera de su presa. La pobrecita Yola d'Avril cae en las garras del monstruo en una escena de la próxima producción especial de la First National.